



AMÉRICA LATINA, ENTRE LA DESIGUALDAD Y LA ESPERANZA

crónicas sobre educación,
infancia y discriminación

pablo gentili

pablo gentili

es doctor en Educación por la Universidad de Buenos Aires.

Reside desde hace más de veinte años en Brasil, donde es profesor de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Actualmente, ejerce como secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y coordina el Observatorio Latinoamericano de Políticas Educativas (OLPED) y el Núcleo de Políticas Educativas de la Universidad Metropolitana de la Educación y el Trabajo (UMET). Ha sido director de sede Brasil de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y secretario ejecutivo del Consejo Internacional del Foro Mundial de Educación, creado en el marco del Foro Social Mundial.

Es autor y compilador de más de veinticinco libros en el campo de las políticas educativas y los estudios sobre exclusión social en América Latina y el Caribe, publicados en la Argentina, Brasil, México, España, Venezuela e Italia. *Pedagogía de la igualdad. Ensayos contra la educación excluyente* es su anterior libro en Siglo XXI. Dirige la revista *Crítica y Emancipación* y es colaborador del diario español *El País*, donde firma el blog *Contrapuntos*.

Presentación

Reuní en este libro algunas de las crónicas que escribí durante los últimos años. Todos estos textos, aunque en versiones levemente distintas, se publicaron en el blog *Contrapuntos*, del diario español *El País*, donde fui invitado a colaborar en enero de 2012. Más allá de algunos ajustes y correcciones, las crónicas que aquí incluyo están agrupadas temáticamente y su presentación no sigue el orden cronológico de publicación original. Si bien los textos poseen esa articulación, espero que también puedan reconocerse en ellos preocupaciones analíticas transversales, problemas e inquietudes comunes que les brindan unidad y sentido. La lectura del libro, entre tanto, puede realizarse de la manera que ustedes consideren más interesante: comenzando por el final, leyendo alternadamente una crónica de cada sección, o concentrándose en un tema específico, por fecha. Son libres para decidir el método de lectura que más les guste. Por mi parte, ordené los textos en cuatro secciones que contemplan cuestiones que investigo, reflexiono o motivan mi intervención política e institucional en los últimos años: la *infancia*, la *educación*, las cuestiones de *género* y la producción de diversas formas de *discriminación*, como la *violencia* y el *racismo*. El libro concluye con tres textos testimoniales, de carácter más personal, aunque creo que en plena sintonía con algunas de las preocupaciones teóricas que atraviesan la obra.

De todas las carencias que podemos tener los intelectuales que actuamos en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades, una me parece especialmente grave: solemos

escribir y publicar exclusivamente para entretener, interpelar, debatir o dialogar con alguien que, como nosotros, domina un inventario técnico, un discurso teórico especializado que pocos comparten y por lo general, con excepción de los iniciados, pocos entienden. A veces, escribimos sólo para que nuestros currículos o nuestros salarios se incrementen (no mucho, es verdad), sin la mínima preocupación por quién nos leerá o quién hará de nuestros aportes motivo de controversia. La razón de semejante despropósito podría atribuirse a la ciencia misma, y así cargar una vez más sobre sus espaldas argumentos triviales que pretenden justificar la frivolidad de aspirar a hacer investigación y a producir teoría sin que esto tenga ninguna otra consecuencia que impresionar a nuestros ex colegas de doctorado.

Debo decir francamente que cada vez me resulta más complicado descifrar el enigma de por qué los intelectuales tienen más interés en hablar con quienes los entienden que con quienes no están en condiciones de hacerlo. Y cada vez me resulta más inexplicable que los intelectuales se sientan más a gusto en el universo simbólico de las querellas teóricas que en el de las necesidades o demandas que suelen exponer las personas comunes, poco afectas a los conceptos sociológicos, pero impregnadas de lo social, o poco conocedoras de la ciencia política, pero dispuestas a luchar cotidianamente por una vida digna y justa.

Nada de esto sería tan grave si los científicos sociales no se dedicaran a temas como la desigualdad, la violencia, la discriminación o el sufrimiento de los seres humanos más vulnerables. Si no se ocuparan de temas como la educación de las futuras generaciones, o analizaran las razones que explican el conflicto social, el racismo, la movilidad humana, las condiciones de vida de los trabajadores o los derechos sobre los que debe edificarse una vida digna. No sería tan grave si los sociólogos, los politólogos, los trabajadores sociales, los especialistas en relaciones internacionales, los antropólogos, historiadores, geógrafos, educadores y filósofos no se ocuparan, entre

otras cosas, de temas como la democracia, la participación o la producción, concentración y socialización del poder en sus más diversas formas y tipologías. Que a la gente común no le interesen las ciencias sociales debería ser menos preocupante que el desinterés de los científicos sociales por que la gente común llegue a conocer los aportes de su trabajo.

Creo (y estoy convencido de esto) que las ciencias sociales críticas pueden ser un medio de vida casi siempre modesto o pueden ser un modesto medio de hacer del conocimiento una forma de contribuir a cambiar la vida de las personas. Y de hacerlo en un sentido democrático: consruyendo más y mejores niveles de igualdad, de justicia social y de bienestar, más y mejores formas de organización y de lucha por la emancipación humana.

Por eso, la invitación a escribir en los blogs de *El País* me llenó de entusiasmo y, al mismo tiempo, de angustia. Producir las primeras notas fue una verdadera tortura. No podía dejar de pensar en el desperdicio de tiempo y energía que significaba escribir cada nuevo texto. Con cada uno tardaba más de lo que me llevaba elaborar un artículo académico convencional. Era un verdadero problema, ya que las nuevas formas de evaluación del trabajo académico desprecian los textos destinados a la difusión pública de saberes y priorizan un diálogo casi siempre irrelevante entre microcomunidades de especialistas divertidos en citarse entre sí. Durante varias semanas, debí luchar contra el supuesto saldo negativo que presentaba una ecuación costo-beneficio que hacía de mis nuevas funciones "periodísticas" un mero divertimento extensionista. No creo que escribir en un medio de difusión no académico deba ser una exigencia para todos quienes investigan en el campo de las ciencias sociales, aunque sí creo que es fundamental para quienes aspiren a que los resultados de sus investigaciones o indagaciones sean accesibles a un número mayor de gente. Escribir en *Contrapuntos* fortaleció mi convicción de que si no tratamos de comunicar mejor nuestras ideas, de hacerlas más públicas y abiertas, las ciencias sociales se convertirán definiti-

vamente en un asunto irrelevante e inocuo para el cambio y la transformación democrática de nuestras sociedades.

Del mismo modo, considero imprescindible que las ciencias sociales dialoguen con las políticas públicas y con quienes ejercen cargos de gestión, especialmente cuando ellos son personas progresistas e interesadas en contribuir con el desarrollo democrático, la justicia social, la igualdad y la ampliación de los derechos humanos. Las ciencias sociales y las humanidades mucho pueden aportar para comprender, interpretar y conocer realidades, coyunturas y dinámicas sociales en las cuales los gestores de políticas públicas deben intervenir. Además, pueden contribuir a analizar el impacto y los resultados de ciertas acciones gubernamentales, al igual que a ponderar sus beneficios o los perjuicios o daños que ellas pueden generar en una sociedad democrática. La comunicación y la mutua alimentación entre las ciencias sociales y las políticas públicas suelen verse interferidas por el desinterés, la desconfianza o la indiferencia que ambas se destinan entre sí. Esa negativa distancia también se expresa en la falta de diálogo o en la apatía con que el campo académico suele relacionarse con los movimientos sociales, las organizaciones populares o los sindicatos. Unas ciencias sociales despolitizadas que abdican de su rol militante porque aspiran a una pureza y a un rigor académico que las alejan tanto de la contaminación humana como de la relevancia social. Ciencias sociales pasteurizadas, *diet*, buenas para bajar el colesterol y para morir de aburrimiento.

Este libro es fruto de un momento en que América Latina está atravesada por una compleja y desafiante coyuntura. Por un lado, nuestra región fue el escenario donde se expandieron gobiernos progresistas, populares y de izquierda que, a contramano de la tendencia mundial, comenzaron a revertir la herencia de exclusión, injusticias y discriminación creadas o profundizadas por los gobiernos neoliberales. La Argentina, el Brasil, Bolivia, el Ecuador, Venezuela y el Uruguay, entre otros, fueron el marco de una profunda transformación de-

mocrática, mediante la implementación de políticas públicas incluyentes, la disminución de la pobreza y la ampliación de oportunidades y derechos a los sectores más postergados de la sociedad. A lo largo de los últimos quince años, América Latina se volvió una región mucho más democrática, donde la esperanza renació amparada en el positivo desempeño de gobiernos que han hecho de las políticas públicas una eficaz herramienta de promoción de la justicia social.

Entre tanto, y sin que esto opaque las conquistas alcanzadas, la nuestra sigue siendo una de las regiones más desiguales del planeta, una de las más violentas; una región donde la ley, muchas veces avanzada y socialmente comprometida, suele ser un dispositivo ornamental que casi nadie respeta y cuyos beneficios casi nunca alcanzan a miles de seres humanos acostumbrados a que el alcance y la eficacia de la ley sean una prerrogativa de los más ricos y a que la democracia pueda ser la coartada utilizada por algunos para multiplicar sus privilegios y justificar injusticias.

Este libro pretende defender el argumento de que los desafíos alcanzados en esta última década no pueden disminuir nuestras demandas ni exigencias de continuar profundizando y ampliando las transformaciones vividas. Es mucho lo que conquistamos, pero quizás aún sea poco con relación a los desafíos que nos impone la herencia recibida. Una herencia que no se agota en las nefastas consecuencias de las políticas neoliberales, sino que impregnó el desarrollo colonial y dependiente de nuestras naciones, marcadas por la explotación de los más pobres, por la discriminación de los más débiles y por el abandono de las mayorías sin derechos ni oportunidades efectivas.

Estas páginas nacen, se desarrollan y son en sí mismas una expresión parcial del profundo momento de cambio que vivimos en América Latina, donde las desigualdades persisten y las esperanzas se empecinan en renacer. Entender la complejidad de esta coyuntura es uno de los objetivos del presente volumen.

Quiero agradecer a algunos amigos y amigas con los que he compartido buena parte de las discusiones y análisis que aquí presento. A André Lázaro, Camilla Croso, Clara Ant, Daniela Perrotta, Dalila Andrade, Daniel Filmus, Daniel Suárez, Dominique Babini, Fernanda Saforcada, Gabriela Diker, Gaudêncio Frigotto, Gerardo Caetano, Graciela Frigerio, Gustavo Fischman, Jenny Assael, Jesús Redondo, Julio Jacobo Waiselfisz, Karina Bidaseca, Laura Sirotsky, Lucas Sablich, Luciano Concheiro, Lucila Rosso, Martín Granovsky, Miriam Abramovay, Myriam Feldfeber, Nicolás Arata, Nicolás Trotta, Pablo Vommaro, Rafael Follonier, Rafael Gentili, Silvina Gentili y Salete Valesan.

Agradezco también al periódico *El País* por la oportunidad brindada; en especial, a Lola Huete Machado y a todo el equipo de “Planeta Futuro”, sección donde mis textos comenzaron a publicarse en julio de 2014.

Carlos Díaz es uno de los mejores editores de América Latina. A él, a Luciano Padilla López y a todo el equipo de Siglo XXI Argentina, mi agradecimiento por su profesionalismo y apoyo para la edición de este nuevo libro.

Florencia Stubrin no sólo es la primera que lee todo lo que escribo, sino la que siempre me ayuda a mejorarlo entre besos y palabras de amor. Ella es una permanente fuente de inspiración y aprendizaje. Además, es la mamá de Camila, Ana y Helena, quienes junto con Mateo me enseñan que la paternidad es un acto revolucionario que se reinventa cada día.

Dedico este libro a la memoria de Norberto Gentili, mi padre.

PABLO GENTILI

Río de Janeiro, 20 de septiembre de 2015

pablo gentili

américa latina, entre la desigualdad y la esperanza

En los últimos quince años, América Latina mejoró en muchos aspectos, mediante la implementación de políticas públicas incluyentes que lograron disminuir la pobreza y ampliar las oportunidades de los sectores más postergados. Pero una mirada que aspire a ser verdaderamente crítica y progresista no puede conformarse con estas conquistas, sino que debe ir más allá y poner el foco en el trabajo pendiente. En este libro, Pablo Gentili, uno de los especialistas en educación más reconocidos y además un estudioso apasionado de los procesos regionales, elige el registro vital de la crónica para contar y explicar temas cruciales de los que depende el futuro de las sociedades latinoamericanas del siglo XXI: el estado de la escuela pública, la infancia, la situación de la mujer y las múltiples formas de la discriminación.

A través de textos ágiles que logran captar magistralmente una realidad compleja, el autor reflexiona sobre la situación de niños y adolescentes expuestos a la pobreza, con escasas posibilidades de acceder a la educación en la primera infancia. Analiza el panorama de la escuela pública (la falta de maestros, la desvalorización del ejercicio profesional) y cuestiona duramente las visiones que criminalizan a los docentes sin proponer alternativas e idealizan como único estándar de calidad el que proveen las pruebas internacionales como el PISA. A la vez, revela cómo opera la discriminación por género, condición social e incluso raza, de modo que hombres y mujeres, negros y blancos, indígenas y campesinos, aun cuando accedan al sistema educativo, no valen lo mismo en el mercado de trabajo.

En un estilo que sabe conjugar datos e interpretación personal, agudeza y compromiso, Pablo Gentili construye un mapa de las desigualdades que persisten y de las esperanzas que hay que alimentar con políticas públicas eficaces, pero, sobre todo, aporta un diagnóstico certero y conmovedor de la nueva América Latina.

